

Sea de esto lo que se quiera, todo hace creer que los primeros cañones fueran groseramente fundidos en bronce. Hay quien cree que primero se hicieron de hierro y de muchas piezas: se arrollaba una plancha de palastro ó hierro batido, como para hacer un tubo de chimenea; se fortificaba en seguida este tubo por aros que le ceñían de distancia en distancia: no siendo absurdo el suponer que también se hicieron cañones de madera. Hoy se hacen estos instrumentos homicidas con metales fundidos ó batidos.

No entra en nuestro propósito el hacer la historia de la artillería. Unicamente presentamos á nuestros lectores una imagen de los primeros cañones que se inventaron, para que se vea la distancia que hay entre esta arma moderna y la catapulta.

Los primeros cañones que se conocieron en España, los introdujeron los árabes en el sitio de Algeciras, para combatir el esfuerzo y denuedo del rey don Alonso XI, que ponía cerco á aquella fortaleza, y donde á pesar del asombro que ocasionó en las huestes castellanas la aparición de aquella mortífera y desconocida arma, hubieran tremolado los pendones de la cruz de Cristo, si una terrible peste que diezmo el ejército no hubiese hecho una de sus primeras víctimas del esforzado monarca castellano, que murió á vista de los muros de Algeciras, abandonando aquella empresa, y dejando la corona que con tanta gloria habían ceñido sus sienas, á don Pedro I de Castilla, á quien la historia ha dado el nombre de *Cruel*, y cuyo reinado había de ser un série no interrumpida de contiendas y guerras civiles, que necesariamente habían de retrasar por mucho tiempo la reconquista del territorio español sobre las lunas agarenas.

José MUÑOZ GAVIRIA.

UNA LÁGRIMA

SOBRE LAS RUINAS DE NUMANCIA,

POR D. MANUEL IBO ALFARO.

(Continuación.)

Después de reflexionar algunos instantes sobre el anterior destino de aquellas piedras, llegué á convencerme de que en efecto podrían muy bien ser los molinos de mano, únicos que en aquel tiempo se conocían, y de los cuales cada familia tenía uno en su casa para majar el trigo que necesitaban para su alimento; viniendo á corroborar esta especie, el recuerdo de que en las ruinas de Pompeya, ciudad mucho más civilizada que Numancia, como es bien sabido, y que sucumbió en un tiempo mucho más posterior que aquella, no se encontraron aun otros molinos que los formados con dichas piedras, y de la misma manera que aquí suponemos.

Registramos con cuidado los escombros por ver si encontrábamos barro numantino, pero no pudimos conseguirlo; lo que no es extraño, atendido el fango que las lluvias y las nieves, tan frecuentes en aquel país, habían ya depositado sobre las excavaciones; y aunque tampoco pudimos proporcionarnos ninguna aneja de las que allí se han encontrado, por lo breve que fué nuestra permanencia en Soria, nos afirmaron que en dicha ciudad se conservan bastantes de plata y cobre, encontradas á la casualidad por los labradores.

Hemos visto pues con nuestros propios ojos, que basta levantar el primer manto de tierra que cubre aquel promontorio, para descubrir cimientos de casas formando calles, bóvedas enteras; y otras personas muy autorizadas nos aseguran haber visto ellas la gruesa muralla de la plaza fuerte, y la boca del subterráneo que desde la cumbre del monte conduce al río; todo lo cual nos hace creer que una escavación investigadora allí, no quedaría frustrada, pues que existe cuanto se puede apetecer; es decir, edificios, calles, y dentro de las calles, y dentro de los edificios... si hasta el día nadie los ha removido, ¿por qué no se han de encontrar armas, escudos, sepulcros, tal vez esqueletos humanos? Y esto es todo lo que á aquel paraje se le puede

pedir; porque suponer que en las ruinas de Numancia se han de encontrar las erguidas columnas de Palmira ó las suntuosas cámaras de Pompeya, como algunos han llegado á soñar en sus buenos deseos, es poner en descubierto lo poco versados que se encuentran en la historia de su país.

Palmira fué un pueblo donde brillaron las artes con todo su esplendor; por eso abunda en estatuas, pedestales, labrados pórfidos, etc.

Pompeya fué un pueblo en que el fausto y el placer llegaron á su colmo; por eso nos ofrece grandiosos edificios, elegantes cámaras, mil señales de deleite y de boato.

Pero Numancia... la infeliz Numancia fué un pueblo miserable, sin lujo, sin vanidad, compuesto de pastores y labradores, que arrojaron el cayado y la esteva, cuando creyeron hollado por huestes extranjeras el honor de su país.

Numancia fué célebre, es muy cierto; pero esta celebridad no se la han dado ni las púrpuras, ni los mármoles, ni las pedrerías; esta celebridad ha surgido del noble é inimitable corazón de los numantinos. Por eso decimos nosotros que no se encontrarán columnas, ni suntuosos templos, ni ricas inscripciones, ni tesoros; pero se encontrarán espadas rotas, enmohecidos escudos, tal vez esqueletos... Y un escudo, un sepulcro, un esqueleto hallado en las ruinas de Numancia, ¿no es de grande interés para la historia de España? No hará conmovérse de entusiasmo al hombre que sepa sentir las glorias de su patria? No es importante, mil veces más importante para un español, que las columnatas de Palmira, y las suntuosas bóvedas de Pompeya?...

Estas reflexiones y otras mil más poderosas vinieron en tropel á apoderarse de mi espíritu en aquel momento para mí tan solemne, en que pisaba la tierra que pisó Megara; en que veía á mis piés el carbon que tal vez abrasaran las asoladoras llamas que consumieron un pueblo noble; pero que se burlaron del poder romano; pero que hicieron inmortal el nombre del pueblo que consumieron.

Orgullosa yo en aquel instante, con solo ser español, me ostentaba erguido en la cúspide de aquel sacrosanto monte, y con altivez miraba los valles que se desplegaban á mi vista donde tantas veces fueron vencidas las águilas imperiales, y siempre despreciados los Fulvios, los Pompeyos, los Popilios y los invencibles Escipiones.

Yo sentía abrasárseme el pecho; yo sentía desvanécese mi espíritu tras las meditaciones que brotaban de mi mente; y como de súbito me asaltara entonces la idea de que algún historiador ha querido fijar en otro punto la existencia de Numancia: — ¡Mentira!, exclamé involuntariamente, respondiendo á aquella idea; Numancia fué aquí; estas piedras carcomidas, estas bóvedas hundidas, este polvo me lo dice...

Así me contesté y quedé satisfecho, cuando pisaba aquel santuario de la libertad y de la independencia; así me contesté cuando el fuego del patriotismo inflamaba mi pecho, y tal vez la inspiración alumbraba con su luz mi frente; así me contesté cuando me contestaba á mi solo; pero hoy, que recogido en mi gabinete, lejos de aquellos valles y collados, sumergido en el bullicio de la corte, han perdido su brío aquellas impresiones; hoy que escribo para él público, forzoso se hace replegar el vuelo de la fantasía, y aunque en breves palabras, someter este punto al crisol de la reflexión.

La generalidad de los historiadores, tanto antiguos como modernos, han colocado á Numancia en el punto en que nosotros la hemos dado por colocada y el asentimiento general del hombre lo ha reconocido así también. Sin embargo, algunos cronistas tuvieron de repente el capricho de situarla en Zamora; y decimos capricho, porque ciertamente no encontramos un motivo sólido que á ello les indujese; y á fin de demostrar esto, espondrémos con la brevedad posible las opiniones de unos y de otros, y harémos que sobre ellas caiga la segur de una crítica imparcial, deduciendo de dicha controversia un aserto verdadero.

Plinio dice cuando toca este punto, pero lo dice con sencillez, como si fuese una cosa muy conocida por todos sus con-